

mismo tiempo que facilitará mi trabajo, le prestará el interés que no sabrían darle la escasa habilidad y la ingénita insipidez de un relatante como yo.

Todo lo que se advierte al lector curioso, para que no se devane los sesos cada vez que se halle con la mano de los *Apuntes* metiendo la cuchara en el plato de esta puntual historia, que es como va á verse á continuación.

PARTE PRIMERA.

I.

Pulcro y rollizo, suave y risueño, y, al mismo tiempo, solemne y espetado; vulgar y obscuro de meollo; rico, huérfano y libre; sin nervios ni hieles en el cuerpo, ni señal de polvo de las aulas en la ropa; vicioso á la chita callanda; enamorado de su estampa, de su *talento*, de su *elocuencia*, y especialmente de los timbres de su linaje, y dejándose correr, con todas estas ventajas, á lo largo de la vida en lo más substancioso de ella, sin otros fines que el regalo de la querida persona, con la satisfacción de todos los apetitos, pero sin prefacios de grandes desvelos, ni epílogos de incómodas harturas... eso era el caballero marqués de Montálvez (título con polillas, de puro rancio); eso era en los tiempos de su mocedad; y así fué tirando el pobre, sin visible quebranto en la salud, aunque con muchos y muy gordos en el caudal, hasta que le apuntaron la calvicie en el cogote y la pata de gallo en los ojos. Entonces se decidió á casarse; y contra lo que era de esperar de sus devociones y pujos aristocráticos, partió su blasonado lecho con

la hija única de un rico excontratista de carreteras y suministros, rozagante y frescachona, eso sí, pero no tan hermosa, seguramente, como él la pintaba, quizás en su empeño de justificar con la ley irresistible de una pasión desinteresada, una caída desde lo más alto de las cumbres de su vanidad.

El *mundo*, del cual era el marqués uno de los más brillantes sustentáculos, lo veía muy de otro modo; pero el recién casado no paraba mientes en ello, ó fingía no pararlas. Lo cierto es que la hija del rico excontratista hacía á maravilla el papel de marquesa; que el marqués alimentó no poco la extenuada corriente de sus caudales con el copioso manantial del bolsón de su suegro; que éste parecía muy complacido viendo cómo lucían sus prodigalidades en la flamante jerarquía de su hija; que la encopetada sociedad de la corte, á pesar de sus escrúpulos y reparos de estirpe, propalados de oreja en oreja á escondidas de los despellejados, abría de par en par á éstos las puertas de sus salones, y que no eran las galas, ni el esplendor, ni el natural donaire de la advenediza, lo que menos se aplaudía en ellos.

Cerca de dos años llevaba de consumado este matrimonio, y aún no daba señales de lo que el marqués anhelaba con un ansia y un afán tan poco disimulados, que más de una vez dieron motivo á los ingeniosos epigramas de la gente encopetada, los cuales caían después, sin saberse cómo, en medio de la vía pública, donde los recogían estudiantes, gacetilleros y otras gentes nocivas, que los

propalaban y esparcían por toda la capital, y aun fuera de ella. Es muy singular el don que tiene Madrid, con ser tan grande en comparación con una aldea, para vulgarizar tipos, acreditar frases y poner motes.

Lo que el marqués deseaba con tan descomedidas ansias, era un hijo varón; pero llegaron á pasar tres años, y lo deseado no venía. Al cumplirse los cuatro hubo grandes barruntos de algo. Pero ¿qué sería? Y esto se preguntaba á cada instante el buen marqués, y esto le preguntaban á cada hora sus amigos y conocidos; y por adivinarlo, aceptaba y rechazaba, según que se ajustaran ó no á sus deseos, cuantos síntomas y fenómenos internos y externos acepta como artículos de fe la observación del vulgo, cuando la marquesa dió á luz una hembra.

Dudo mucho que se reciba con peor talante á un huésped desconocido que se mete á las dos de la mañana en casa de su prójimo, robándole el sueño y alborotándole el hogar, que á la recién nacida en el de sus padres, en cuanto el doctor proclamó, en voz desfallecida y con gesto de terciana, el sexo que la había tocado en suerte.

Bautizaronla con un poco de fausto, por el *qué diván*, pero á regañadientes; pusiéronla, como un castigo, el nombre de Verónica, entre el barón de Castañares y la condesa viuda de Picos-Pardos, que fueron sus padrinos de mala gana; y por esto, y por el nombre, y por el chasco, y por todo lo imaginable, la fábrica de epigramas funcionó sin

descanso, y la pusieron el aún mal desengrasado pellejito, lo mismo que si la inocente criatura hubiera sido causa voluntaria de aquellas caritativas expansiones del ingenio maleante de los aristocráticos amigos de su casa.

La entregaron inmediatamente al pecho mercenario de una nodriza; y por la razón ó el pretexto de que su madre no había quedado para atender á los cuidados molestísimos de su crianza, se acordó que la nodriza se la llevara á su aldea, en el riñón de la Alcarria.

Y allá la llevaron, con mucha *impedimenta*, eso sí, de pañales, y mantillas, y gorros, y cuanto había que apetecer en tales casos, y un infolio de advertencias, prescripciones, avisos, encargos y hasta amenazas, sin contar el dinero que á puñados les metieron en el bolsillo, á la nodriza y al zángano de su marido, que las había de acompañar en el viaje. Esto era duro, durísimo, decía el marqués, para unos padres tan blandos de corazón como ellos; pero el estado de la marquesa, tan delicado en su convalecencia, y el temperamento de la niña, que era por todo extremo *linfático*, según dictamen, casi en profecía, del doctor, el cual temperamento hacía indispensable para ella el aire y la libertad del campo, les obligaban á echarla de casa.

Y la echaron, así como suena, á los quince días de haber nacido en ella, vírgenes sus tiernas carnecillas de esas vivificantes impresiones de que no carecen los hijos del más haraposo menestral: las

dulces caricias, los besos amorosos y el blando y providente manoseo de una madre.

Diez y ocho meses bien cumplidos estuvo en la Alcarria; y refería después la nodriza que, en las pocas veces que en ese tiempo fué el señor marqués á ver á su hija, se le caía la baba de gusto al contemplarla rodando por los suelos, medio desnuda, entre cerdos y rocines, tan valiente y risotona, y tan sucia y curtida de pellejo, como si fuera aquél su elemento natural y propio.

Cuando la volvieron á Madrid, viva y sana por un milagro de Dios, alborotó la casa á berridos. Y no podía suceder otra cosa delante de aquellos espejos relucientes, entre aquellas colgaduras ostentosas, lacayos de luengos levitones y señoras muy empernejiladas, con lo arisca y cerril que ella iba de la aldea. Con su padre se las arreglaba tal cual; pero en cuanto su madre intentaba tomarla en brazos, más bien por tema ya que por cariño, se retorció como alimaña en cepo. Le daban miedo hasta el centelleo de sus pendientes de diamantes y el olor de todos sus menjurjes y perfumerías; y acaso, acaso, algo que su instinto infantil veía en el yerto lucir de sus ojos y en el forzado sonreír de su boca, que no era la golosina que arrastra á los niños á pegar sus frescos labios en la faz regocijada de su madre.

Muy otra debió parecer á la desabrida marquesa su hija cuando ésta estrenó las primeras galas del hatillo que apresuradamente la hicieron al llegar á Madrid, porque se dejó oprimir entre sus brazos

sin protesta, y hasta besar con estruendo en la mejilla.

«Aquel beso»—dicen los *Apuntes* á este propósito,—«fué el primero que recibí de los maternos labios: le recuerdo como si le hubiera recibido ayer; y esto debe consistir en que mi naturaleza estaba ávida de aquel tributo que no se le pagaba, y la fuerza de la sensación, desconocida hasta entonces, aguzó el instinto que ya columbraba los albores de la inteligencia, y estampó el suceso, para no borrarse nunca, en las tablas vírgenes de la memoria.»

A todo esto, y desde la vuelta de su nodriza al pueblo, la habían puesto al cuidado de una niñera que la sacaba á orearse por el Retiro tres ó cuatro veces á la semana, y dormía á su lado en una de las habitaciones más apartadas de la de su madre, con el piadoso fin de que no la turbara el sueño por la noche. Y eso que desde aquel beso, y por virtud también de las ponderaciones que de la hermosura y gracias de la hija hacían delante de ella las amigas de la madre, parecía que ésta la iba cobrando cierta inclinación, que no disimulaba. Pero comenzó por entonces la marquesa á sentir muy certeros é incómodos anuncios de otro heredero, y esto la causaba grandes preocupaciones y molestias y «le quitaba el gusto para todo.»

Al abuelo, que estaba chocho con su nietecilla, le llevaba el diablo con estas cosas, y apostrofaba á la hija por su frialdad, y predicaba al yerno por su injustificable indiferencia; pero el uno y la otra

se encogían de hombros por toda respuesta, y no revivía el extinguido fuego de amor á la hija, que había chisporroteado un instante después del primer beso de la madre. ¡Quién sabe el rumbo que hubiera tomado el astro de los destinos de la niña sin los prosáicos inconvenientes en que fundaba la marquesa su nuevo alejamiento de ella, y el acontecimiento que sobrevino poco después?

El acontecimiento fué nada menos que la llegada al mundo del anhelado varón. Todo fué júbilo entonces y locura y desconcierto en la casa, de la cual pudiera decirse, sin gran exageración esta vez, que fué echada por la ventana. Se revolvió medio Madrid para el bautizo; medio Madrid que le comió al marqués, digo, al abuelo, medio costado; se consiguió elegir los padrinos entre lo más cogolludo de la nobleza, y se le pusieron al flamante heredero todos los nombres de los grandes reyes, de los mayores santos del cielo, de todos los conquistadores célebres, y de los más gloriosos poetas y artistas de la tierra. Entre tanto, el recién nacido, más que criatura humana, parecía un ratón en salmuera: ni era mucho más grande, ni más rollizo, ni más pulcro, ni mejor encarado. Nació gimiendo; entre gruñidos y pataleos recibió el agua del bautismo, y gruñendo volvió á casa y continuó, sin cesar, muchos días, comiéndose los puños apretados y perneando rabioso, como sapo clavado en esta, mientras la pacífica y rozagante Verónica, olvidada de su familia en el último confín de la casa, no se moría de hambre porque la niñera cuidaba,

de propio impulso, de esos y otros menesteres.

Desde aquellos días se echó en la casa de los marqueses de Montálvez una raya por debajo de lo vivido hasta allí, y se abrió una vida nueva, cuyo centro, cuyo eje, era el recién nacido heredero de los títulos y preeminencias de su padre; por lo que la pobre Verónica, elemento principalísimo de la *vida vieja*, quedó entre lo más alto y olvidado de la raya para arriba, como trasto inútil en oscuro desván.

No puede negarse que el *medio ambiente*, tan traído y tan llevado ahora por la gente de mi oficio, influye mucho en la condición moral y hasta en el desarrollo físico de los caracteres y de las naturalezas; pero no es menos cierto que las hay de tal fibra, que, con ambiente y sin ambiente, echan impávidas por la calle de en medio, y por ella siguen sin torcerse ni extraviarse, aunque las ladren canes y las tiren vestiglos de la ropa.

Prueba de ello es que cuando Verónica llegó á la edad de los celos y de las envidias, y tuvo razón bastante para distinguir los halagos de las durezas, no echó de menos los extremados mimos que se le prodigaban á todas horas á su hermano, criatura de lo más encanijado, llorón y cascarrabias que hubo venido nunca al mundo. La tenían sin cuidado los tumultos que se armaban á cada instante en la casa, porque el angelito no comía, ó se descalabraba, ó tosía ronco, ó se retorció cárdeno y pataleaba con un dolor de tripas; las ponderaciones que de su imaginada hermosura se hacían delante

de ella á parientes y amigos, que se guardaban muy bien de afirmar lo contrario, y hasta los injustos vituperios que se la enderezaban porque con sus juegos le quitaba el sueño, ó no discurría cosa con gracia para entretenerle y alegrarle. La niñera no tenía otra obligación que la de mirar por ella y acompañarla incesantemente, la quería de todo corazón, y era esclava de sus menores caprichos; hacíanla estrenar un vestido cada semana, y no se ponía tasa á sus antojos de juguetes. Con todas estas ventajas, hasta bendecía el alejamiento á que se la condenaba en su propio hogar, porque, al fin y al cabo, le procuraba una independencia de la cual sacaba ella mucho partido para vivir á su gusto; y si hubiera conocido el placer de la venganza, la hubiera hallado bien cumplida en los testimonios de cordial amor que recibía de las *visitas* y de los amigos de la casa, á escondidas, por supuesto, de todas las gentes de ella.

Su abuelo persistía en el honrado propósito de arreglar más á justicia estas cosas que le repugnaban; pero su esfuerzo alcanzaba á poco. Por de pronto, cada día se alejaba más de la casa de su yerno, porque cada vez le eran más insoportables «las majaderías y sandeces» que observaba en ella. Su naturaleza tosca, y los resabios adquiridos en los tratos y contratos en que había pasado lo mejor de la vida, le hacían incompatible con los hábitos aparatosos y refinadamente vanos y teatrales de sus hijos; y como, además, era hombre sin retóricas, desengañado y de muy poca correa, el menor

reparo á sus crudos alegatos le quitaba las ganas de exponer el segundo. Su misma nieta, objeto exclusivo de los desvelos del pobre hombre, dudaba muchas veces si tenía en él un protector cariñoso ó un enemigo más de quien temer contrariedades y desabrimientos.

—Pero, vamos á ver—decía el excontratista á su hija, cuando más desatinados eran los extremos que ésta y su marido hacían en honor del hijo varón,—¿á qué vienen esas majaderías? Y ya que las hagáis, ¿por qué pecáis por el extremo contrario con Verónica, que es una niña como unas perlas? ¿Por qué detestáis á la una tanto como queréis al otro?

Negaba la marquesa que ni ella ni su marido dejasen de querer bien á su hija, y hasta citaba en testimonio de ello el regalo en que la mantenían.

—Es verdad—replicaba el abuelo:—atestáis de juguetes su escondite y de vestidos su ropero, como se echan mendrugos á los perros en su garita, para que no molesten con sus ladridos ni estorben con su presencia, y acaso, acaso, porque los vean gordos y lozanos los vecinos. Pero de aquí, de aquí (y se golpeaba sobre el corazón); de eso que alimenta el alma y hace buena sangre á los niños, ¿qué dais á la infeliz? Pues mira, y no lo olvides: hija que se acostumbra á vivir entre la esquivéz y el desamor de sus padres, si sale mujer honrada es por un milagro de Dios.

Protestó contra el supuesto la marquesa, é insis-

tió en que, desde que la niña había nacido, se la amaba *cuanto se la debía amar*.

—Justamente—repuso su abuelo,—porque ni entonces, ni ahora, ni nunca, habéis podido tragarla; y no la habéis podido tragar, porque lo que se quería en esta casa no era familia por el ansia natural de tenerla, ansia que sienten hasta los irracionales, sino un heredero varón en quien vincular los relumbrones aristocráticos de tu marido, como si importara seis maravedís que se perdiera la casta directa de ese mentecato; y como á Dios no se le engaña, después de probaros la voluntad y la mala entraña con la hija que os dió, sin merecerla, os ha castigado con el varón que apetecíais... porque ese niño ha de ser, está siendo ya, vuestro castigo.

Con esto, dió media vuelta la marquesa y no pareció su padre en mucho tiempo por aquella casa.

Y así fueron corriendo los años, y llegó Verónica á contar diez bien cumplidos. Tenía una salud de bronce, y crecía y se redondeaba que era una bendición de Dios: los amigos de la familia la comían á besos los carrillos, y la decían verdaderas atrocidades mientras la volteaban en el aire, ó la echaban una zancadilla en un corredor ó en mitad de la escalera, siempre, por supuesto, á escondidas de sus padres y, sobre todo, de su hermano, que cada día era más ruín y más inaguantable, por envidioso y desabrido.

Como «había proyectos sobre ella,» al decir de su madre, interinamente la pusieron maestros de

primeras letras y de música, con los cuales aprendió á leer mal, á hacer palotes muy torcidos y á solfear desastrosamente, por culpa, según dictamen del maestro, que era un italiano famélico, de su mal oído. Esto, y el Catecismo de punta á cabo, y una oración para cada acto de los más ordinarios de su vida, es decir, para acostarse, para levantarse, para ir á comer, para salir á paseo, etc., etc., y otras para cuando tronaba, pasaba el Viático por la calle, ventaba muy recio, y así sucesivamente, enseñadas por su sirvienta, que era una guipuzcoana muy devota, y tuvo la abnegación de no reclamar para sí las alabanzas que el cura de la parroquia, que preparó á la niña para la primera confesión, dedicó al celo cristiano de su madre, era cuanto Verónica sabía en artes liberales y en letras divinas y humanas, á la edad de once años y algunos meses de pico.

Al cumplir los doce se le revelaron los proyectos que había sobre ella, los cuales se reducían á enviarla á Francia á *terminar* su educación en un colegio de los más afamados de París. No supo la niña, por de pronto, si la noticia la alegró ó la produjo el efecto contrario. No le agradaba por lo que de colegio, es decir, de encierro y sujeción había en el asunto; pero, en cambio, la deleitaba por tratarse de ver el mundo, aunque de refilón y con trabas; de ir á París, de vivir en París, de respirar el aire de París, de comer, en fin, y vestir y soñar en París, nombre con el cual estaban atascados sus oídos y su cabeza, porque en su casa no se ha-

blaba comunmente de otro asunto, ni entre las gentes que la frecuentaban, ni en las casas que frecuentaba ella. París era lo mejor de la tierra, y lo de París no tenía igual en el mundo, y al uso de París se vestía, y se andaba, y se comía, y hasta se hablaba, con agravio de la lengua de Cervantes... y de la de Molière.

Y á París la llevaron en esta situación de ánimo, sin alegría y sin penas, no contando las lágrimas que la arrancó del fondo del corazón el desconsolado llorar de la niñera, en cuyos besos de despedida, ardorosos, resonantes y mezclados con el llanto de sus ojos, sentía palpar el alma entera de la noble guipuzcoana. El desconsuelo de aquella honrada mujer y el recuerdo de la cariñosa abnegación que la debía, eran el único vínculo con que la hija de los marqueses de Montálvez se sentía ligada á la casa paterna á medida que iba alejándose de ella por el camino de Francia. No era suya la culpa. Su corazón no podía dar otro fruto que el de las semillas que se habían depositado en él.

II.

Bien poco trabajo la costó hacerse á la vida y costumbres de colegiala. Parte de esta fortuna se la debía á las condiciones de su carácter acomodado y placentero; algo al no muy estimulante recuerdo de su perdida libertad, y el resto á la feliz circunstancia de no haberse visto un solo día verdaderamente aislada en aquel hervidero de chicuelas de todas castas, edades, temperamentos y naciones. La fuerza de la atracción, por imperio de la necesidad, arrastra, en tales casos, lo que flota indeciso y como al azar, hacia su centro apetecido. Por eso, no bien hubo llegado al colegio, cuando ya conocía de vista á todas las españolas que había en él; en seguida formó entre las de su edad; luego dió la preferencia á las madrileñas, y acabó por intimar con las que, de éstas, pertenecían á su jerarquía social.

Así conoció á Leticia Espinosa y á Sagrario Miralta, vástagos ambas de la más encumbrada aristocracia española, las cuales habían entrado en el colegio un año antes que ella. Leticia, contra lo

que su nombre declaraba, era una morena triste, ó, mejor dicho, serena y algo fría, como esos días de otoño, de poco sol, de que tanto gustan los espíritus contemplativos y melancólicos. Tenía hermosos ojos y muy correctas facciones; y sin dejar de ser animosa para todo, faltaba casi siempre en sus actos y en sus dichos el color de la sinceridad, lo cual se atribuía, más que á un vicio de su carácter, á que rara vez la animaba el calor del entusiasmo.

Sagrario era una rubia inquieta y bulliciosa, ávida de impresiones, de aire, de luz... y de golosinas. Fisgona impenitente, no había castigo que la curase de la pasión de arrimar, ora el ojo, ora el oído, á todas las rendijas y cerraduras de los aposentos; y, á creerla por su palabra, ¡qué cosas veía y escuchaba en aquellos vedados interiores! Su manía, casi criminal, eran las *zangolotinas*, como llamaba á las mayores, algunas de ellas vestidas ya de largo y con un pie en el estribo para tomar la vuelta á sus hogares. A éstas las perseguía con una tenacidad y un instinto de perro de caza. Espiaba sus actos, escuchaba sus dichos, asaltaba sus dormitorios, revolvía sus equipajes, les abría los cajones, se enteraba de sus cartas y les robaba las novelas que después devoraban las otras... porque tenían novelas y algunas profanidades más, que eran contrabando allí; y no conformándose con esto solo, relataba historias desvergonzadas ¡y hacía unos comentarios! A mi ver, todo era una mala pasión de despecho, porque se recataban de

ella y de las de su grupo en sus entretenimientos y conversaciones.

Lo que sigue es, palabra por palabra, de la mano que escribió los *Apuntes*:

«Si entrara en los reducidos términos de mi paciencia el propósito de describir mi vida de colegiala con todos sus pelos y señales, larga sería aquí la lista de los lances curiosos en que interviene yo, por las intemperancias incorregibles de Sagrario y por la entereza glacial de Leticia; pero no van por ahí las corrientes que me empujan en este instante; y si menciono los nombres y principales rasgos de carácter de estas dos compañeras, omitiendo los de tantas otras, es porque conservé esas dos amistades durante toda mi vida mundana, y no influyeron poco en la calidad de ella, lo mismo bajo el cascarón de crisálida en el colegio, que cuando volé á mis anchas por el mundo con las alas de mariposa.

»También habría mucho que hablar sobre el tema de la educación de las jóvenes de mi pelaje, si por *educarlas bien* se entiende, como debería entenderse, la manera de hacer de ellas *buenas* hijas y mejores madres. Desde luego afirmo que estos hermosos fines no han de lograrse en ciertos colegios ni en parte alguna donde la *distinguida* y mal acostumbrada educanda viva «á uso de tropa.» De este modo se aprende todo, si se aprende algo, como el soldado la táctica y las leyes penales: maquinalmente y á la fuerza; y no se toma amor, sino miedo y repugnancia á las tareas y al *cuartel* mis-

mo, con sus largos y desnudos pasadizos, sus enfilados dormitorios, sus lechos de contrata, sus vigilantes antipáticos y su refectorio mal oliente. Llega á ser insoportable el patio de altos muros, con los juegos de siempre y los cánticos de todos los días, y el pasear en hileras, y el comer en comunidad, y el recogerse y el levantarse á unas mismas horas y con el mismo forzado silencio. Fatiga el ánimo la contemplación incesante de unos mismos colores, de unas mismas caras, de unos mismos cuerpos, de unos mismos uniformes, y, sobre todo, de aquel blasón de la casa, de aquella cifra sempiterna reproducida en los muros, en los libros, en las ropas y en los platos. Abruma el peso de la monotonía según van pasando los meses y los años en esta vida reglamentada, y el demonio de la indisciplina y de la rebelión llega á poseer á las colegialas de pies á cabeza. Entonces se piensa con fruición hasta en las peripecias, en los horrores de un incendio repentino de la casa; en la enfermedad del profesor de geografía, ó en la prisión de la directora por mandato del Gobierno... en fin, en todo lo que pueda ser causa de que se altere y descomponga, de cualquier modo, la máquina de aquel reló de piezas humanas.

»Por eso la colegiala más querida de sus compañeras es la más indócil y revoltosa y holgazana, la que más depresivos motes pone á las *madres* y más perturbaciones acarrea en el gobierno interior de la casa.

»A mí me enseñaron muchas cosas en libros,

con la aguja, de palabra, por escrito y hasta por señas y á toque de violín; pero sobre todas las enseñanzas obligatorias en aquel colegio, prevalecieron las del mal ejemplo de mis compañeras, más avispadas que yo, ó más cargadas de malicias y de años. Nunca me faltaron libros profanos, ni noticias estimulantes de los placeres del mundo; y con este acopio y el que hice por mí misma durante la relativa libertad que se me concedía cuando fuí *de las mayores*, viendo las cosas mundanas de tarde en tarde y á deshora y con el rabillo del ojo, y contando diez y siete años muy cumplidos, se dió por terminada mi educación en aquel afamado colegio francés.

»Del cual salí diez meses después que mis inseparables amigas Leticia y Sagrario, muy ducha en bailar, en hacer reverencias, en modular la voz, en manejar el abanico y la cola del vestido de baile, en esgrimir los ojos y la sonrisa, según los casos, los sexos y las edades, y en el ceremonial decorativo y escénico de las prácticas religiosas; tal cual en lengua francesa, materialmente al rape en obras de costura y principios de economía doméstica, y casi, casi, en el idioma nativo; y sobre todo esto, y por razón de los contrabandos del colegio y de las incompletas ideas adquiridas en conciliábulos clandestinos, y la propia observación hecha á medias, con trabas y sobresaltos, y quizás también por obra de mi temperamento ó de mi carácter, franco y expansivo, un ansia, que rayaba en voracidad, de ver el mundo por dentro, de cono-

cerle á fondo, de saborearle á mis anchas, sin los velos y cortapisas que á las puertas de él me habían, hasta entonces, despertado los apetitos.

»Esto es todo lo que llevaba aprendido al volver á mi casa, cinco años después de haber salido de ella, sin contar la persuasión íntima de que, mientras no se se invente cosa mejor que lo conocido, la educación menos peligrosa y más esmerada de una niña, será aquella en que más se deje sentir la intervención amorosa de su madre, si, por su dicha, tiene madre, y madre *buena.*»